

PRECISIONES SOBRE LAS SATIRAS DIATRIBICAS DE HORACIO*

An analysis of Horatius' so called diatribic satires is made, according to formal criteria, aiming at abstracting common features which could permit their classification. As a result satires 1, 1; 1, 2 and 1, 10 are grouped together, whereas satire 1, 3 which generally is studied together with the above mentioned, is excluded.

El estudio de la sátira horaciana siempre ha supuesto una tentación para el filólogo clásico. Situada entre los fragmentos de Lucilio y las realizaciones, ya precursoras del sentido actual de sátira, de Persio y Juvenal, la sátira de Horacio constituye un aparente desafío al investigador, incitándole a reconstruir el carácter tan discutido de ese género, que los romanos consideraron totalmente suyo. En efecto, el carácter misceláneo de los temas, las diferencias de tratamiento a que están sometidos, la reducción de esas diferencias formales en el libro dos, nos introducen con Horacio en un mundo que parece responder a las premisas anteriores y a innovaciones del momento. Es esa la razón de que puedan buscarse huellas de momentos previos y gérmenes de posteriores. Si a ello se une la existencia, dentro de la propia sátira, de constantes alusiones a la misma, se comprenderá fácilmente la atracción que sobre cualquier estudioso ejerce la sátira horaciana. Planteado así el problema todo lleva a pensar que con los elementos mencionados el descubrir el sentido de la sátira no es tarea demasiado ardua. Lo cierto es que el éxito no acompaña a la empresa en un sentido plenamente satisfactorio, y los estudios continúan.

No pretendo con este trabajo resolver ninguno de los problemas importantes que nos plantea la sátira de Horacio, sino tan sólo aportar algún dato utilizable a tales fines; para ello he partido del siguiente presupuesto: la necesidad de una serie de trabajos descriptivos formales, detallados, que nos permitan conocer modos de tratamiento del material

* Este trabajo es resultado de reflexiones surgidas, al tratar un aspecto de la sátira latina, a lo largo de un curso sobre el tema.

literario¹. Dentro de estas posibilidades he optado por analizar las llamadas sátiras diatríbicas.

Por lo general suelen estudiarse conjuntamente las sátiras 1, 1; 1, 2 y 1, 3 del libro primero, grupo al que se aplica el apelativo de sátiras diatríbicas. Del mismo modo, las sátiras 1, 4 y 1, 10 forman, a su vez grupo con la 2, 1, y suele considerarse a las tres como exponentes de las sátiras programáticas². Las premisas de que se parte para establecer un lazo tan estrecho entre esas sátiras son muy claras en el caso de 1, 4; 1, 10 y 2, 1. Se trata de una aproximación temática: las tres sátiras tratan de problemas de carácter literario, aunque bajo esa unidad aparente se oculte una diversidad de tratamiento que hasta el momento no parece haber interesado poner en claro. Por lo que se refiere a las sátiras 1, 2 y 3 del libro primero, sucede algo similar. En los tres casos se ha atendido al tema desarrollado, o temas, en cada una de ellas; vista su probable vinculación con aspectos tratados en la diatriba popular, se ha formado con ellas un bloque. De vez en cuando, a pesar de lo expuesto, se observa alguna precisión contraria a la asimilación de las tres sátiras. Por ejemplo dice N. Rudd: «the third satire, unlike the first, has none of the universal similes of popular philosophy...»³

¹ El predominio en la bibliografía de los estudios temáticos es claro. Aun en el caso de un artículo como el de U. Knoche, «Betrachtungen über Horazens Kunst der satirischen Gesprächsführung», *Philologus* 90, 1935, pp. 372-90 y 469-82, el acento recae sobre ese aspecto. Los artículos del tipo ofrecido por C. Rambaux, «La composition d'ensemble du livre I des Satires s'Horace», *REL* 49, 1971, pp. 179 ss. —donde puede encontrarse bibliografía sobre el tema—, afectan a un problema muy definido, el de la composición de conjunto de las sátiras dentro de cada uno de los libros; aspecto marginal al aquí pretendido. Dentro de la línea seguida en este artículo contamos con el trabajo de W. Wimmel, *Zur Form der horazischen Diatriben-Satire*, Frankfurt a. Main, Vittorio Klostermann, 1962, que versa sobre las sátiras 1, 1; 1, 2 y 1, 3. Para explicar el predominio de trabajos temáticos quizá podamos utilizar una frase de Ch. Witke en *Latin Satire, The structure of persuasion*, Leiden, E. J. Brill, 1970, p. 1: «If one begins one's examination of origins by seeking to define what satire is, only purely formal, morphological elements will be accorded any significance. If, however, the critic asks what satire does, no principle of organization or item of subject matter will be passed over as irrelevant». (Los espaciados son míos). Aunque no totalmente de acuerdo con la expresión utilizada —«to define»—, sí lo estamos con el sentido general de la frase.

² En ese orden las estudia E. Fraenkel en *Horace*, Oxford, Univ. Press, 1949, pp. 76 ss y 124 ss.; N. Rudd, *The Satires of Horace*, Cambridge, Univ. Press, 1959, las agrupa de este modo para su estudio; incluso W. Wimmel, *o. c.*, dedica un estudio aislado a las tres primeras juntas, como ya hemos dicho.

³ *O. c.*, p. 33.

Si aceptásemos, pues, este último punto de vista, habría que pensar que son criterios formales los que han llevado a agrupar las tres sátiras mencionadas. Pero criterios de tal tipo no los encontramos en este autor, aunque sí en Wimmel. Este parte de la consideración unitaria de los tres poemas y centra su estudio sobre la introducción a los mismos. Después de abstraer los caracteres comunes a las tres introducciones llega a la conclusión de que existe una mayor madurez en el desarrollo del procedimiento en 1, 3, con respecto a 1, 2, y de 1, 1 con respecto a ambas. Como característica común a todas da la serie inicial de tipos con que comienzan, y la expresión de transición al núcleo de la sátira:

- 1, 114, b: *ne te morer, audí*
quo rem deducam.
- 1, 2, 23: *si quis nunc quareat 'quo res haec pertinet?' Illuc.*
- 1, 3, 19b: *nunc aliquis dicat mihi 'quid tu,*
nullane habes uitia?'

Común a los estudios citados es la ausencia de una aclaración previa al sentido de diatríbico que se aplica a estas tres sátiras del libro primero. Nada mejor que partir del estudio de Oltramare sobre los orígenes de la diatriba romana¹. Este autor nos habla del debate con un interlocutor ficticio como de uno de los rasgos formales más evidentes de la diatriba. Y asimismo dice que el adversario designado por el pronombre «...expresa la opinión vulgar que el maestro condenará»². También considera característico de la diatriba la variación o variedad constante³. Yo me voy a limitar al análisis del adversario, ya que este segundo rasgo ha sido suficientemente puesto de relieve por los distintos investigadores que han dedicado su atención a este tema de las diatribas.

El término de adversario, muy claro en la definición aportada por Oltramare, pierde esa aparente claridad en cuanto que intentamos aplicar esa categoría a los casos de las llamadas sátiras diatríbicas de Horacio. Parece que, según Oltramare siempre, se requerían dos rasgos; designación formal por el pronombre y calidad de portavoz de una opinión vulgar condenable por el maestro —en nuestro caso autor o

¹ A. Oltramare, *Les origines de la diatribe romaine*, Genève, Imprim. popul., 1926.

² *O. c.*, p. 11.

³ *O. c.*, p. 12.

narrador—. En las tres sátiras que ahora nos ocupan el primer requisito se cumple en la 2, 23:

si quis nunc quaerat 'quo res haec pertinet?'

y en la 3, v. 19b:

*nunc aliquis dicat mihi 'quid tu?
nullane habes vitia?'*

Ahora bien, en ambos casos no se produce la coincidencia —de ese primer requisito, de carácter formal, con el otro, ya que en ningún momento la utilización del indefinido va unida a la exposición de una opinión contraria a la del narrador. Parece pues, que la figura del adversario habrá de ser concebida, de momento, de modo más amplio a fin de que las características que puedan definirlo surjan del análisis de los textos. Podemos partir de considerar al adversario como aquel que opone a los razonamientos del satírico sus propios razonamientos, siempre con el fin de hacer avanzar el desarrollo de la sátira dialécticamente. Como es natural hay que pensar que la categoría de diatríbico ha sido impuesta sobre un género peculiar, que mantiene sus propias normas internas y que, por tanto, no siempre se producirá esa identificación entre 'maestro' y 'satírico' típica, al parecer, de la diatriba popular filosófico-moral.

Según lo hasta ahora visto, estas tres sátiras del libro primero deberán aunar un fondo temático diatríbico y una forma adecuada, forma cuyo rasgo predominante es la intervención del adversario. Mi intento de partir del análisis de textos con el fin de precisar la forma adoptada en la intervención del adversario se debe a que la calidad poética del material tratado impone y supone variantes necesarias, puesto que su utilización responderá a algo más que a una dinámica de necesidad en la argumentación. Por exponer el problema de modo directo: no toda participación de un personaje distinto al autor significa su inmediata consideración como adversario (y eso a pesar del carácter dialogado que ofrece frecuentemente en su participación); del mismo modo, pero enunciado a la inversa, una intervención del propio satírico puede llegar a ser considerada, en su función dentro de la sátira, como equivalente a la del adversario. Veamos si es posible aclarar esta aparente paradoja.

Pondré unos ejemplos. Como decía antes, uno de los dos casos citados: 1, 2, 23, no puede ser identificado con la actuación del adversario, ya que una de las características fundamentales, el hacer avanzar el

discurso insertando un razonamiento opuesto, no se da. No sucede lo mismo con 1, 3, 19b, ya que la pregunta invierte la situación del discurso, convirtiendo al autor de formulador de críticas en objeto de las mismas e incluyendo un razonamiento, aunque sea de modo implícito. Tendríamos así dos casos de transición de la introducción a la parte central del discurso, en los que se produciría una diversidad en la utilización de recursos: adversario real y aparente unificados bajo un denominador formal común. Ese modo de expresión, en consecuencia, no puede servirnos para aislar las intervenciones del adversario por medio de criterios objetivos, y lo más sensato sería pensar que la forma adoptada en 1, 3, 19b tiene más que ver con la situación en el poema, o con su función en la *compositio* del mismo, que con el adversario como recurso habitual de la diatriba. Es decir, se trataría de marcar el paso de una a otra parte del discurso, en este caso un poema. En efecto, en ambos casos ocupan un lugar muy concreto dentro de la exposición y podríamos llamar a este recurso a *adversario de transición*, ya que constituye el paso a la parte central de la sátira, al núcleo de la misma. Las características formales del *adversario de transición* son: uso de un pronombre indefinido por parte del autor, para introducir la frase directa: es decir, no precisión del tipo de adversario. Carácter *ex abrupto* de la introducción del recurso. Por último, pregunta sobre algo concreto al autor, pregunta que provoca una respuesta de este último. No me refiero tanto al hecho de que se conteste cancelando la cuestión, como al de que se responde sin evasivas ni rodeos. Su función es operar un cambio, pasar del planteamiento concreto al general, y se encuentra el *adversario de transición* en aquellas sátiras que tienen en común la existencia en la parte inicial de una serie de tipos ejemplificadores¹. Esta introducción, elaborada sobre la base de ejemplos, requiere una interpretación unitaria y generalizadora, si se quiere darse paso a la sátira en sentido propio. Es decir, que el recurso del *adversario de transición* funciona a un nivel de exigencias derivadas de una forma de expresar el contenido. En cuanto que el contenido adopte otra forma de expresión, será exigible e imprescindible un cambio en la presentación.

Prueba clara de lo anterior es la sátira 1, 1. A diferencia de 1, 2 y 1, 3, ésta comienza con una frase de carácter general encabezando la

¹ Aquí cuatro; de ellas sólo ofrezco la última. La función de las cuatro ha sido necesaria en virtud de que la primera aludía a un hecho concreto, y como decimos es preciso el carácter de referencia general al considerado tema central de la sátira.

composición, y añade una dedicatoria a Mecenas. Dado ya el planteamiento general desde el principio, huelga la pregunta emitida por el sujeto indefinido y, con ello, la marca que parecía necesaria para establecer la transición, se transforma en oración afirmativa:

*ne te morer, audi
quo rem deducam.*

Y no sólo es ésta la modificación en la estructura, sino que a su vez, esto implica la pérdida del carácter directo en la exposición que sigue. Donde esperaríamos el planteamiento de 1, 1 y 1, 2, una respuesta sin evasivas, clara, nos encontramos con una nueva ilustración a base de ejemplos, y sólo después se pasa a planteamientos. Habría que aceptar, pues, que la presencia del *adversario de transición* está determinada por el tipo de exposición inicial, y que en calidad de elemento que permite el paso de la concreción a lo general, no es insustituible. Que lo que es fundamental es la transición, pero no única la forma adoptada; ésta está sujeta a cambios en cuanto que la parte inicial sufra una modificación. La utilización del *adversario de transición* está predeterminada, y a su vez caracteriza a la parte precedente de la sátira, no al conjunto de la misma. El empleo de un recurso de este tipo no implica el carácter diatribico formal de la sátira, ni aun siquiera parcialmente. El empleo del *adversario de transición* nos autoriza a hablar de unidad de tratamiento en las sátiras 2 y 3 del libro primero, ya que nos remite a unas características formales (X) de la introducción que, como se sabe, constituye una mera preparación al tema propiamente dicho.

Tenemos otro tipo de adversario, caracterizado lingüísticamente de modo opuesto al anterior: sus intervenciones suelen espresarse en periodos afirmativos; su indefinición no está marcada por recursos gramaticales y está en manos del narrador el aumentarla o disminuirla, de identificarlo descriptivamente o dejarlo entre brumas; su introducción no suele ser abrupta, sino motivada por el propio narrador gracias a una interpelación directa del mismo a la segunda persona, interpelación que puede adoptar o no la forma interrogativa.

Analicemos la primera intervención directa del adversario en la sátira 1 (v. 43):

quod si comminuas uilem redigatur ad assem,

y no nos dejemos engañar por el aparente carácter indefinido en su atribución. Ciertamente que ni siquiera existe un verbo *dicis* o similar, lo que

da un aire aislado a la observación, pero no es menos cierto que los versos 27-32 han sido dedicados por el satírico a la descripción de un personaje-tipo, y que previamente a la manifestación de ese adversario se ha hecho patente, gracias a una interpelación en segunda persona hecha por el satírico, la identificación de la segunda persona con el personaje descrito. Este adversario, cuya personalidad está definida previamente por el autor, no necesita de más aditamento para introducir sus opiniones.

Buena prueba de la necesidad de esa identificación previa es que cualquier cambio en la personalidad del adversario requiere una aclaración, que no deje dudas sobre la atribución de la frase. Así, en la misma sátira 1(v. 61) dice el narrador:

*at bona pars hominum decepta cupidine falso
'nil satis est' inquit, 'quia tanti quantum habeas sis'
quid facias illi?*

Ahora bien, el adversario debe contar con otras características, de tipo no formal, como antes decíamos; debe hacer progresar la discusión iniciada por el narrador a base de razonamientos, razones que tendrá que interrumpir o romper la argumentación del narrador. Estas razones introducidas por el adversario, dado el género poético en que se encuentran situadas, no pueden ser argumentalmente fuertes, al igual que tampoco lo son las del narrador, a pesar de la mayor extensión que éste se concede a sí mismo. En el caso del adversario, se limitan a observaciones concisas que den motivo a un paso adelante en la exposición teórica del narrador. Al ser figura meramente motivadora de nuevas intervenciones del narrador, su intervención no pretende una respuesta directa, que cerraría con mucha facilidad la posibilidad al satírico de continuar su argumentación. La reacción del narrador ante una precisión del adversario es siempre, pues, una interrogación. Veámoslo con un ejemplo. Dice el satírico en 1, 1, 41:

*quid iuuat immensum te argenti pondus et auri
furtim defossa timidum deponere terra?*

Esta interrogación provoca la frase del adversario:

'quod si comminuas uilem redigatur ad assem'

y esta frase, a su vez, nos lleva a una nueva interrogación por parte del narrador:

at ni id fit, quid habet pulchri constructus aceruus?

Esta segunda interrogación, resultado de la inserción del adversario, no nos suele llevar a otra intervención del mismo, sino que es el recurso utilizado por el narrador para llevarnos al terreno conveniente a su exposición, para de ahí partir a una interpelación a la segunda persona que supone una posición de la discusión más avanzada. La entrada en escena del adversario en la sátira, permite no encarar de frente un problema, ni seguir un razonamiento lineal, y a ese mismo fin se encamina la interrogativa subsiguiente. De este modo, la intervención del adversario puede no ir precedida por la interrogación, ya que puede prescindirse de ella desde el momento que se utilizan otros medios para introducir el adversario; pero debe contar siempre con una interrogativa que le siga, puesto que ésta es la que proporciona la posibilidad de hacer avanzar el discurso a merced del narrador.

Este tipo de adversario (muy distinto como vemos al que hemos dado en llamar adversario de transición), encargado de facilitar al narrador el paso de un aspecto a otro de una misma argumentación, se encuentra en la parte central de la sátira, en el núcleo. Es esta parte central la que contiene el tema principal y la dedicada a la exposición y defensa del mismo. Podríamos asimilarla, de tratarse de un discurso, con la *confutatio*, pero con una característica muy peculiar: el predominio de razonamientos casuísticos y la abundancia de ejemplificaciones.

Al igual que en un discurso, también en la sátira se cuenta con un bloque de introducción, como ya se ha visto, y si seguimos aplicando el paralelismo, tendremos que esperar una conclusión basada en criterios distintos. Tal como concluimos la existencia de un elemento común a la sátiras objeto de análisis, en el paso de la introducción a la sátira propiamente dicha, es muy probable que exista alguna marca externa de la transición de la parte central al epílogo o conclusión. En efecto, nos encontramos con que lo que nos lleva a la conclusión es, en dos de los tres casos sometidos a análisis, una interrogación, interrogación que, a su vez, provoca una respuesta. Esta respuesta es directa y, en cualquier caso, está enunciada por el narrador. Es indiferente que la interrogación sea formulada por el autor al adversario o viceversa; en el segundo caso, la situación queda restablecida a base de una reducción inmediata de éste al primer caso. Lo que es exigible simplemente es el carácter

abrupto de la interrogación, su falta de vinculación inmediata con un contexto amplio, total de la sátira. En 1, 2, 116 tenemos la interrogación formulada por el autor

*...tument tibi cum inguina, num si
ancilla aut uerna est praesto puer, impetus in quem
continuo fiat, malis tentigine rumpi?
Non ego: namque parabilem amo uenerem facilemque*

En 1, 1, 101, la interrogación corre a cargo del adversario:

*quid mi igitur suades? ut uiuam Naeuius aut sic
ut Nomentanus?*

La necesidad de reducción al primer caso lleva a un inciso enunciado por el autor:

*....pergis pugnantia secum
frontibus aduersis componere: non ego auarum
.....*

De todas maneras vemos una coincidencia total en el recurso utilizado, que incluye, además del uso común transicional de la interrogativa, siempre dirigida a una segunda persona —que como es lógico no prejuzga la dirección narrador o adversario—, otra nota: la utilización de *non ego* como inicio de la respuesta. La caracterización de la transición final por estos medios aparece en la sátira 1 y 2 falta en la sátira 3 —siempre considerada formando grupo con éstas—, y se encuentra insospechadamente en la sátira 1, 10, 74 ss:

*an tua demens
uilibus in ludis diciari carmina malis?
Non ego: nam satis est.*

Gracias a esta última podemos completar el modelo: aparición de *malis*; y de *nam* a continuación de *non ego*.

De esta exposición, encaminada a abstraer algunos rasgos comunes, en ciertos aspectos, a la composición de las sátiras llamadas diatríbicas del libro primero, y encaminada también a definir en un terreno de mera formalización, el recurso del adversario, ha surgido un problema. La uniformidad en el tratamiento de este último punto en las sátiras 1, 2 y 11, y su diferenciación de la sátira 3, nos llevan a preguntarnos:

¿la sátira 3 es diatribica en su forma? En caso de que no aceptemos su vinculación formal con la diatriba ¿hasta qué punto la temática por sí sola puede justificar su consideración unitaria junto con las otras dos sátiras?

Hemos concluido, y ya antes había sido captada la afinidad de las tres sátiras en sus introducciones¹, la coincidencia en el uso de elemento de transición a la parte central de la sátira. Al mismo tiempo, he procurado diferenciar bien este elemento de transición, al que he designado como *adversario de transición*, del adversario en su valor propio. En la sátira 3, objeto de discusión ahora, el *adversario de transición* interviene en 19b:

*nunc aliquis dicat mihi 'quid tu?
nullane habes uitia?'*

pregunta dirigida al autor y que obtiene respuesta inmediata:

...immo alia et fortasse minora.

por parte del autor mismo. Ya comienza a establecerse diferencias: lo que en 1, 1 y 1, 2 servía para ayudar a definir el valor general de los ejemplos concretos de la introducción, aquí se convierte en acusación directa al narrador. Es necesario, entonces, introducir un nuevo ejemplo, idéntico al inicial, pero centrado en un personaje distinto al narrador. Wimmel considera un progreso en la *compositio* el hecho de que no se produzca aquí una ruptura argumental entre introducción concreta y desarrollo general. Aceptamos esto; de todos modos, también él es consciente de la divergencia de uso.

Pero, dejando al margen esta posible divergencia de uso de un mismo recurso formal, sigamos adelante. La primera interpelación, expresada por medio de una interrogativa, a la segunda persona, la tenemos en el v. 25:

*cum tua peruideas oculis mala lippus inunctis,
cur in amicorum uitis tam cernis acutum
quam aut aquila aut serpens Epidaurius?*

La pregunta parece ir dirigida por el narrador al sujeto del ejemplo anterior: *Maenius*. De momento falta la conversión de lo concreto en

¹ W. Wimmel, *o. c.*

general, que es lo que permite identificar al adversario con un personaje-tipo. Por otro lado, la mera aparición de la interrogación nos hace suponer la posible entrada en escena del adversario. Nada de eso: la frase siguiente sigue en boca del narrador, que continúa dirigiéndose a una segunda persona. Esta segunda persona, además, empleada por el satírico no se identifica con un tipo determinado de hombre, como ya decíamos, sino con un ejemplo que, a su vez, nos remite al narrador. Quiero decir: el adversario de transición nos llevaba al narrador, y el ejemplo de *Maenius* no era más que una ilustración de la actitud del narrador. A ello se suma el hecho de que al ser introducido el ejemplo a modo de ilustración (*cum* + subj. imprf.) no tiene capacidad de absorber al adversario, al parecer. Indicio de ello es la conversión paulatina de esa segunda persona en primera del plural, a partir del v. 34:

...Denique te ipsum
*conculc num qua tibi utiliorum inseuerit olim
 natura aut etiam consuetudo mala; namque
 neglectis urenda filix innascitur agris.
 Illuc praeuertamur...*

conversión que se produce ante la imposibilidad de romper la relación entre narrador y adversario. Esta primera persona es la que hace de la sátira 3 una exhortación y de las interrogativas incluidas en los vv. 90-95 una reflexión del autor:

*Comminxit lectum potus mensaue catillum
 Euandri manibus tritum deiecit, ob hanc rem,
 aut positum ante mea quia pullum in parte catini
 sustulit exuriens, minus hoc incundus amicus
 sit mihi? Quid faciam si furtum fecerit, aut si
 prodiderit commissa fide sponsumue negarit?*

De ahí la naturaleza reflexiva de la sátira. La segunda persona utilizada de tanto en tauto, adquiere límites tan imprecisos que induce a considerar incluido hasta el narrador.

La situación cambia algo a partir del v. 96, donde el ataque parece adquirir contornos más precisos y situarnos ante la posible existencia de un adversario-tipo contra el que se dirige la sátira:

*quis paria esse fere placuit peccata, laborant
 cum uentum ad. uerum est.*

Ahora bien, el tipo relativamente bien definido sigue sin intervenir. La delimitación tipológica se completa en los versos 119-25:

*ne scutica dignum horribili sectere flagello.
Nam ut ferula caedas meritum maiora subire
uerbera non uereor, cum dicas esse paris res
furta latrociniiis, et magnis parua mineris.
Falce recisurum simili te, si tibi regnum
permittant homines. Si diues, qui sapiens est,
et sutor bonus et solus formosus et est rex,
cur optas quod habes?*

Por primera vez el uso de *tu* deja de aplicarse a un ser indefinido, gracias a la identificación que se produjo en el v. 96; se tiene la impresión de que la interrogativa del v. 126 es el signo de entrada del adversario. Sin embargo, en este caso, la interrogación no desencadena ese efecto, sino que nos lleva a un diálogo real con el adversario, diálogo en el que no se trata de hacer progresar la argumentación a base de precisiones, sino de conseguir un retrato del mismo todavía más matizado. Seguimos, pues, sin encontrar el adversario propio en funcionamiento.

Una vez concluida la inexistencia del adversario en 1, 2, podría pensarse que esta última interrogación de que hemos hablado caracteriza, entonces, la transición a la conclusión, tal como veíamos que se hacía en las sátiras 1 y 3. Pero tampoco es ésta la función de la interrogativa. Como decíamos antes, la interrogación nos introduce en un diálogo ilustrativo, con contestaciones adecuadas a las preguntas formuladas (v. 126):

*Cur optas quod habes? 'non nosti quod pater' inquit
'Chrysippus dicat: sapiens crepidas sibi numquam
nec soleas fecit; sutor tamen est sapiens'. Qui?
'ut quamuis taceat Hermogenes cantor...*

Son contestaciones que corrigen el presupuesto de que parte la pregunta, pero no van referidas a una argumentación, como en el caso del adversario, sino a una matización de la doctrina sustentada por el personaje. La matización está enfocada de tal modo que lleva al absurdo y con ello al ridículo del estoico¹, personaje al que se trataba de

¹ O del predicador popular según Oltramare.

caracterizar. De esta manera, el tipo contra quien va dirigida la sátira no interviene más que para facilitar su propia caracterización de modo más preciso.

La fórmula habitual en la transición a la conclusión: *Non ego, nam,* tampoco aquí aparece, aunque pudieran advertirse rastros de ella en los vv. 137-42, donde se establece una oposición evidente entre (317) *dum tu... / ... (139) et mihi dulces* etc. La ausencia de interpelaciones del narrador al adversario, provocadas por el funcionamiento de este último dentro de la sátira, arrastra consigo la modificación de las estructuras formales vehículos del contenido en esta parte final. Fiel al esquema mental de 1, 1 y 1, 2, el narrador ha alterado la expresión.

En resumen, dentro de la sátira 1, 3: nula presencia del adversario, variantes en la fórmula de transición inicial, y ausencia de la fórmula final. Ello nos lleva a aislar, adoptando un criterio estrictamente formal, la sátira 1, 3 de la 1, 1 y 1, 2. Con ello no prejuzgamos la anterioridad o posterioridad de la sátira 1, 3 respecto a la 1, 1 ó 1, 2.

Por otra parte, resulta curioso observar que la sátira 10 del mismo libro primero se asimila aparentemente a la diatríblica en su forma, si bien su contenido la mantiene alejada de estos temas. Ya sabemos que la sátira 1, 10, junto con la 4, y la 1 del libro segundo, constituyen las aportaciones de Horacio a la teoría literaria sobre la sátira.

Esta sátira, en su comienzo, contrasta con las sátiras analizadas por la ausencia de introducción. Empieza *ex abrupto*, no hay serie tipológica inicial y, por consiguiente, no es necesario la frase indicadora de transición de lo particular a lo general, es decir, no es necesario el uso del adversario de transición. Al no existir posibilidad de confusión entre casos concretos y planteamiento general, no es necesario deshacer el posible equívoco. La sátira se inicia *in medias res*. De todos modos, aun teniendo en cuenta que se ha prescindido de la introducción, propia de 1, 1, y 1, 2 y 1, 3, es cierto que la manera de empezar goza de unas características especiales.

La sátira 1, 10 se inicia así:

*Nempe incomposito dixi pede currere uersus
Lucili*

enunciado que nos sitúa ante una postura personal, unos criterios subjetivos. Esta intervención del narrador, portador de una opinión, va seguida de una interrogación:

.....*Quis tan Lucili fautor inepte est
ut non hoc fateatur?*

La forma nos recuerda inmediatamente un recurso ya analizado para las sátiras 1, 1 y 1, 2: el adversario. La única diferencia con respecto a él es su aparición inmotivada, aunque si observamos meticulosamente la frase, es evidente la motivación implícita en *nempe*, partícula que siempre responde a un estímulo exterior. La precisión de definir la entidad del adversario es aquí vana, puesto que la identificación con la primera persona del narrador exige al mismo de una delimitación previa. Estamos, pues, ante un caso de identidad narrador-adversario que no tendría por qué modificar la estructura externa de la presentación, al menos en algunos aspectos: presentación del adversario en frase afirmativa e interrogativa subsiguiente que, dando el enfoque pretendido a la intervención permite que la argumentación avance. La identificación narrador-adversario encuadra toda la sátira que, independientemente de ello, sigue teniendo su propio desarrollo, desarrollo formal similar, como veremos, al de 1, 1 y 1, 2. Al igual que en el caso del 1, 3 la semejanza de introducción con 1, 1 y 1, 2, hubiera podido llevarnos a la conclusión equivocada de un mismo esquema formal para las tres, en la sátira 1, 10, el aparente abismo entre el arranque de una y otras, podría llevarnos a concluir la diversidad de estructura.

Y no es así. Cuando en el v. 20 leemos:

*'at magnum fecit quod uerbis Graeca Latinis
miscuit'*

seguido de la intervención del narrador:

*O seri studiorum! quine putetis
difficile et mirum, Rhodio quod Pitholeonti
contigit?*

reconocemos al adversario en su aspecto más tradicional; se sigue manteniendo la interrogativa subsiguiente, en segunda persona en este caso, gracias a la identificación previa del adversario con el *o seri studiorum!* Adversario que se repite en los vv. 22-23, seguido de una nueva interrogación en los vv. 24-5.

Pero la naturaleza de la sátira, distinta en cuanto que enunciada partiendo de la identidad narrador-adversario, reaparece en el v. 50:

At dixi fluere hunc lutulentum,

seguido de varias interrogativas a una segunda persona, que ahora ya goza de antecedentes descriptivos (v. 21), y al que de nuevo se define con un *doctus* antepuesto. ¿Ha asumido, pues, el narrador el papel del adversario, dando cabida en el desarrollo de la argumentación a otro adversario que requería el desenvolvimiento de la sátira?

Volvamos a la sátira 1, 1. Cuando el autor hace la presentación de personajes integrados en el adversario-tipo, esa presentación va unida a la exposición de los puntos de vista defendidos por los mimos, desencadenantes de la interpolación del narrador a una segunda persona (vv. 28-42):

*ille grauem duro terram qui uerlit aratro
perfidus hic caupo, miles nautaeque per omne
audaces mare qui currunt, hac mente laborem
sese ferre, ut senes in otia tuta recedant,
aiunt, cum sibi sunt congesta cibaria
.....
...cum te neque feruidus aestus
demoueat lucro, neque hiems, ignis, mare, ferrum
nil obstat tibi dum ne sit te ditior alter,
quid inuat immensum te argenti pondus et auri
furtim defosse timidum deponere terra?*

Como se desprende es una intervención del adversario, subordinada a la narración del autor. Podríamos establecer una comparación entre el *aiunt* de 1, 1, 32 y el *dixi* de 1, 10 y 50. En ambos casos se hubiera podido prescindir de la subordinación en la emisión del juicio y hubiera pasado a convertirse en adversario tradicional; *laborem fermus ut in otia recedamus* / *Incomposito currit pede uersus Lucili*, pero también es verdad que en las dos ocasiones era necesaria una aclaración sobre la identidad del adversario. En el primer caso *aiunt* permitía la inclusión de un sujeto, en el segundo la subordinación al verbo era suficiente para que se operase la identificación al narrador. De ahí que en la sátira 1, 10 no exista introducción, ya que su función es la presentación y descripción del adversario-tipo y en este caso se trata del propio autor, no sujeto de descripción. Tanto en el modelo de 1,1, como en éste de 1, 10, nos encon-

tramos ante una variante en el uso del adversario, al que podríamos llamar *adversario indirecto*, en virtud de su presentación sintáctica.

El narrador, de este modo, puede identificarse en funciones con el adversario, siempre y cuando se trate de una actitud defensiva. Ahora bien, una vez iniciada la exposición desencadenada por su intervención, en cuanto que la postura defensivo-negativa pase a expositivo-positiva de sus propios puntos de vista, la mecánica habitual de la sátira diatróbica inducirá y provocará la entrada de un nuevo adversario. El que encontramos en los versos 20 a 25. No es, pues, un marco encuadrante el del narrador-adversario, sino una fase que en la evolución pasa a otra, la habitual en las sátiras previamente analizadas. Vemos, pues, que la terminología adversario encubre distintas manifestaciones formales de un mismo recurso.

Una vez justificada la novedad de la no existencia de introducción en 1, 10, pasemos a estudiar la conclusión. Al igual que en 1, 1 y 1, 2 también aquí nos encontramos con la interrogativa de transición, enunciada por el narrador (74b):

*an tua demens
uilibus in ludis dictari carmina malis?*

seguida en el v. 76 del ya conocido:

Non ego, nam satis est...

Coincidencia total con las fórmulas ya vistas. La uniformidad en la forma final se debe a la unidad del esquema intencional. En los tres casos se pretende incidir sobre la oposición adversario y narrador, se pretende hacer palpable el contraste y de esta forma extender implícitamente la validez del planteamiento al resto del la sátira.

Por último una coincidencia final, aparentemente insignificante, pero que abunda en favor de la semejanza de tratamiento aplicada a las tres sátiras: en todas ellas los dos últimos versos (el último sólo en el caso de 1, 2) son portadores de una alusión personal:

1, 1, 120b	<i>ne me Crispini scriinia lippi compilases putes, uerbum non amplius addam.</i>
1, 2, 134b	<i>Fabio uel iudice uincam.</i>
1, 10, 90b	<i>Demetri, teque, Tigelli discipularum inter iubeo plorare cathedras. I, puer, atque meo citus haec subscribe libello.</i>

De todo lo anteriormente expuesto cabría la posibilidad de obtener criterios que condujeran a un enjuiciamiento distinto de las sátiras diatríbicas, así como a formalizar algunos aspectos de ellas. Primero, y exclusivamente desde el punto de vista de los recursos de expresión empleados: considerar incluidas en un mismo grupo a las sátiras 1, 1; 1, 2 y 1, 10, marginando la 1, 3, hasta ahora estudiada siempre junto con las dos primeras. En segundo lugar, hemos tratado de dar al adversario unos contornos precisos, guiándonos por la forma adoptada por el mismo, y por el contexto formal que rodea su aparición. Asimismo he procurado diferenciar los diferentes presupuestos bajo los que aparece el generalmente llamado adversario, y las funciones que al adversario propiamente dicho corresponden, frente al papel desempeñado por los adversarios aparentes (de transición e indirecto). En tercer lugar, y siempre con criterios exclusivamente formales, hemos procurado aislar una forma común a las sátiras diatríbicas, con el fin de partir de ahí para analizar las innovaciones que el libro segundo supone frente al primero. Pero esta última tarea queda para otra ocasión.

C. CODOÑER